

The background of the entire image is a night photograph of the Manhattan Bridge in New York City. The bridge's towers and suspension cables are illuminated with warm lights, and the city skyline is visible in the distance. The sky is a deep purple, and numerous pink cherry blossom petals are scattered throughout, some appearing to fall from a branch in the upper left. The overall mood is romantic and dreamy.

CRISTINA PRADA

TODOS
LOS CARTELES
DE NEÓN
BRILLABAN
POR TI

*Todos los carteles de
neón brillaban por ti*

Cristina Prada

Esencia/Planeta

© Cristina Prada, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: adaptación de la idea original de Tiaré Pearl
© Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-08-22367-2
Depósito legal: B. 2.916-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Sally

—Sí, sí, sí —murmuro, ilusionada, mientras corro todo lo deprisa que puedo sin armar un escándalo.

Esquivo a un mensajero, a una secretaria, a dos ejecutivos. ¡Esta mañana quieren ponérmelo difícil!

—¡Ya ha llegado! —grito entrando en el despacho de Ava y cerrando la puerta tras de mí.

Ella alza la cabeza de los papeles que revisaba y clava sus ojos verdes en mí. Se levanta, arrastrando su silla por el parquet, y nos reunimos en el centro de su diminuta oficina.

—¿La has abierto?

Niego con la cabeza. Mérito no me falta; la he recibido hace treinta y dos minutos. En el taxi desde nuestro apartamento en Belltown hasta aquí, no he dejado de mirarla, remirla y agarrarla con tanta fuerza que por un momento he temido romperla antes de llegar a leerla.

—¿Lo hacemos?

Asiento, más nerviosa de lo que he estado en mis veintisiete años. ¡Esta carta puede cambiarme la vida!

La contemplo, tomo aire y rasgo el sobre con más tesón que maña. ¡Por Dios, estoy atacada!

—Alguien debería decirle a la HBO que tendría que empezar a mandar emails en vez de cartas, ¡la intriga me está matando! ¡Sally! —se queja al ver que no soy capaz de abrir el sobre.

—Ya va, ya va —me defiendo.

Al fin logro sacar el folio. Lo desdoble. Impaciente, Ava se coloca a mi lado y recorremos, ávidas, cada línea.

—Estimadas señoritas Berry y Smith... —empiezo a leer, veloz— les agradecemos encarecidamente que nos hayan remitido su proyecto... —Las primeras líneas son puro formalismo; parece una carta estándar—. Desde HBO queremos transmitirles nuestra intención de ampliar la cuota de producción propia... —ahora es cuando se pone interesante— y queremos ofrecerles formalmente un contrato para el desarrollo de su serie de televisión —mi voz va *in crescendo* con cada palabra que pronuncio. ¡Santo cielo, lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido!

—¡Sally! —exclama, emocionada, Ava.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Las dos nos abrazamos y empezamos a dar saltitos y a chillar y a sonreír. ¡Voy a hacer una serie con la HBO!

—Tenemos que llamar a Scout —digo, separándome y sacándome el iPhone del bolso que llevo cruzado.

Ava asiente y me quita la carta, para releerla sujetándola con ambas manos, mientras yo marco el número de nuestra amiga y coautora de la serie, Scout Smith.

—¡Han dicho que sí! —grito, sin poder evitarlo, en cuanto descuelga la llamada de FaceTime.

—¡¿Qué?!

Me muerdo el labio inferior y comienzo a asentir. ¡Es la mejor noticia de mi vida!

—¡No me lo puedo creer! —continúa, atónita.

—¡Ni yo!

Ava me estruja entre sus brazos, estrujando también la carta, y las dos empezamos a dar botes. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—¡Va a ser alucinante! —chillo.

—¡Va a ser una pasada! —me secunda Ava.

—¡Va a ser lo más! —sentencia Scout.

Las tres empezamos a gritar, creo que incluso a cantar, a bailar y, al final, acabamos estallando en risas de puro júbilo.

—Sally Berry —me llama Scout, acercándose un poco más su móvil a la cara—, ¿sabes lo que significa esto? ¡Vamos a hacer realidad nuestro sueño!

Me tomo un instante para pensar en sus palabras y una sonrisa sincera, radiante, entregada, se apodera de mis labios.

Scout y yo hemos estado casi un año escribiendo esta historia, dedicándole todo nuestro tiempo libre, comentándola en cada segundo que teníamos. Toda nuestra ilusión está en esas líneas.

—Yo no lo habría expresado mejor —asevero.

El resto de la llamada, amén de continuar cantando y bailando, la dedicamos a cerrar una infinidad de detalles; entre ellos, que será Scout quien se encargue de ponerse en contacto con las oficinas de la HBO y concretar una reunión para firmar el contrato. Yo, entretanto, tendré mucho que hacer; lo más importante, preparar las maletas y volar a Nueva York. ¡Estoy feliz!, y eso que odio volar.

* * *

—¿Has podido comprar el billete? —me pregunta Ava mientras nos acomodamos en una mesa de nuestro pub favorito, en Western Avenue, cerca del mercado de Pike Place.

Asiento antes de darle un trago a mi cerveza Red Hook helada. ¡Está riquísima!

—Saldré mañana por la mañana; con la diferencia horaria, llegaré a Nueva York a tiempo de almorzar con Scout. El viernes tenemos la firma del contrato.

Las dos volvemos a sonreír, aunque, a decir verdad, yo no he dejado de hacerlo desde que abrimos la carta esta mañana.

—No te haces una idea de cuánto me alegro por vosotras —dice, y a continuación frunce el ceño en un mohín—, aunque no entiendo por qué no podéis grabar la serie aquí, en Seattle. Voy a echarte mucho de menos.

—Es una serie ambientada, en gran parte, en el Berlín de finales de los ochenta. Necesitamos un estudio donde recrear esos decora-

dos y el mejor para poder hacerlo está en Jersey. Tenemos que grabar allí —le explico por decimoquinta vez desde que presentamos el proyecto en el Film Market hace cinco meses—. Y yo también voy a echarte mucho de menos —sentencio, torciendo los labios.

Ava y Scout son mis mejores amigas. Las tres nos conocimos en la Universidad en Memphis, y Ava y yo llevamos compartiendo piso desde que ambas decidimos probar suerte en Seattle al terminar los estudios. Yo, en el teatro independiente; Ava, en la gestión de *startups*. En mi caso, se suponía que iba a ser algo temporal. Seattle representaba sólo una parada en mi camino, ya que, antes de poder deshacer las maletas, triunfaría como actriz y nos mudaríamos las dos a Hollywood. Sobra decir que las cosas no salieron exactamente como esperaba, aunque tampoco puedo quejarme. Vivo de mi trabajo en pequeñas obras de teatro, la mayoría de ellas bastante aceptables. Eso es más de lo que el noventa por ciento de los aspirantes a estrellas de cine pueden decir. Aunque, de todas formas, las cosas ya están empezando a cambiar. ¡Ya han cambiado! La HBO ha producido alguna de las series más importantes de la historia de la televisión: «Juego de tronos», «Sexo en Nueva York», «Los Soprano»... y ahora nos toca a nosotras.

—Prométeme que vendréis a verme cuando lo petéis.

—No lo dudes —replico a la velocidad del rayo—, así que no alquiles mi habitación.

Ava le da un trago a su cóctel, sosteniendo su cañita rosa fucsia sólo con los labios.

—Olvídate de eso —contesta, negando también con las manos—. Ya he puesto un anuncio en el periódico: mujer blanca, soltera, busca a hombre guapo, atractivo, romántico, un as en la cama y otro as fuera de ella, que ponga lavadoras y a quien no le asusten pequeños retos diarios como comprar tampones en el súper. Lo de as en la cama va en serio, se pedirán referencias.

Asiento, sopesando sus palabras.

—Un anuncio muy completo.

Ahora la que asiente es ella.

—Mejor ser exigente.

—Deberías haber empezado por ahí —contraataco—: mujer blanca, soltera y exigente.

—Tengo que dejar algo a la imaginación, ¿no?

Nos miramos un solo segundo a los ojos y las dos nos echamos a reír. Espero que, si algún pobre incauto contesta al anuncio, sea un hombre de armas tomar, como ella.

—¿Crees que va a resultarte raro volver a Nueva York?

Mi sonrisa se transforma en una más suave y me encojo de hombros.

—Nueva York significa muchas cosas para mí. —A falta de una respuesta más sencilla, decido soltar todo lo que estoy pensando, todo lo que llevo pensando desde que creamos el proyecto y existió la posibilidad de regresar—. Nací en Brooklyn, me crie allí. Mi madre y mi abuela aún viven allí. No me asusta volver. Sólo espero que no sea complicado.

Mi padre biológico desapareció algo así como dos segundos después de enterarse de que iba a tener un bebé, así que sólo estábamos mi madre, mi abuela y yo, las chicas Berry. En mi primer cumpleaños, mi madre conoció a Bryan, el mejor hombre del mundo. Un año después se casaron y nos mudamos a Memphis. Bryan se convirtió también en mi familia y creo que me tocó la lotería, porque no podría tener un padre mejor.

Siete años después decidieron divorciarse de mutuo acuerdo y regresamos a Nueva York con mi abuela. El cambio fue duro para mí; echaba de menos mi casa, mis amigos y a Bryan, y estoy segura de que a mi madre le pasaba lo mismo. Sin embargo, mi segundo día de vuelta en Brooklyn conocí a Garreth y a los chicos, y todo cambio.

Garreth y yo nos hicimos inseparables. Ni siquiera recuerdo en qué momento dejamos de ser sólo amigos para ser amigos-novios. Fue mi primer amor, mi primer cigarrillo a escondidas, muchas de mis primeras veces. Hubo un tiempo en que pensé que nos casaríamos y seríamos felices para siempre, pero entonces, en mi decimo-

séptimo cumpleaños, todo lo que parecía sencillo se complicó, y yo nunca había llorado tanto en toda mi vida.

—Vas a estar bien —asegura Ava, sacándome de mi ensoñación. Asiento, tratando de recuperar el hilo—. Vas a echarnos de menos a esta maravillosa ciudad y a mí, pero es de lo más comprensible.

Sonrío.

—Tienes razón —contesto, e imita mi gesto en sus labios, satisfecha—. Voy a echar mucho de menos Seattle... y toda la Costa Oeste en general.

Ava abre la boca, indignadísima, y yo rompo a reír, encantada con mi propia broma.

—Serás perra —se queja ella, lanzándome una servilleta de cóctel hecha una bola, pero no me importa, porque estoy muriendo de risa.

Regresamos a casa a una hora completamente indecente y con un número de Red Hooks en el cuerpo también muy poco decente.

* * *

A la mañana siguiente me levanto muy temprano y muy inquieta. Después de darme una ducha, termino de meter un par de cosas en la maleta y reviso los emails. Delante del espejo, me retoco mi pelo, castaño, y tomo aire, con mis ojos marrones clavados en mi reflejo. Estoy lista. Nueva York no me asusta. Volver a ver a Garreth no me asusta. Suspiro de nuevo y sonrío. Puedo enfrentare a cualquier cosa. Además, ¿cuántas posibilidades hay de que el avión tenga un fallo de motor y se estrelle? La sonrisa de seguridad se transforma en una risilla histérica de puro miedo. Odio volar.

—Estar de los nervios es lógico —digo en voz alta tratando de tranquilizarme.

Salgo del baño, me ajusto mi cazadora perfecta negra sobre mi blusa de color vainilla, combinada con unos vaqueros rotos y mis Converse, y abandono mi apartamento tirando de mi desvencijada maleta. Nueva York, allá vamos.

* * *

—¡Sally!

Me pongo de puntillas y miro a mi alrededor. La terminal cuatro del aeropuerto de La Guardia está abarrotada.

—¡Sally! —repite, pero no consigo verla... hasta que al fin lo hago.

—¡Mamá! —la saludo con una sonrisa.

Nos abrazamos con fuerza. Tengo una madre genial.

—¿Qué tal el vuelo? —inquire, separándose.

—Bien.

Me sujeta de los hombros y me observa de arriba abajo.

—Estás preciosa, cariño.

Pongo los ojos en blanco al tiempo que me ruborizo. Nunca he llevado muy bien los halagos. Sé que no casa con lo que todo el mundo se imagina que es una actriz, aunque lo cierto es que Marlon Brando pensaba de sí mismo que era feo y Robert Redford odia mirarse en los espejos.

—Déjate de tonterías, mamá —me defiendo.

—No son tonterías.

Tuerzo los labios en un silencioso «para, por favor» y ella sonrío, echando la cabeza hacia atrás y con ella su preciosa melena castaña, llamando la atención de algún que otro hombre.

—¿Me llevas a casa?

—Claro que sí —responde, deslizando su brazo por mis hombros y haciendo que las dos echemos a andar.

—¿Qué tal está Ava? —me pregunta, alzando la voz.

Estamos en abril, pero la temperatura es de lo más agradable y ha bajado la capota de tela de su Volkswagen Golf, un clásico de los noventa. Además, tenemos puesta la radio.

—Muy bien —contesto casi en un grito—. Hace unos meses la ascendieron a jefa de departamento en su empresa.

—¡Eso es fantástico!

Asiento. Lo es.

—Pero, bueno —continúa, ávida de información—, cuéntame

más de tu proyecto. ¡La HBO! —chilla, emocionada, desviando la vista de la calzada para mirarme.

Sonrío, feliz.

—Creo que sigo sin poder creérmelo del todo.

—Pues deberías. Eres muy buena en tu trabajo.

Se avecina otro aluvión de halagos demasiado cerca del primero.

—Mamá... —la freno.

—De mamá, nada —me interrumpe—. ¿Te haces una idea de lo orgullosa que estoy de ti?

—Puedo imaginarlo —respondo, impertinente y divertida.

Ésa es mi mejor arma: la insolencia y un humor bastante sarcástico con el que sacarle punta a todo.

Mi madre me mira con un mohín en los labios.

—A veces me cuesta recordar que Bryan no es tu padre biológico; os parecéis demasiado, ¿sabes?

Sonrío enseñándole todos los dientes como respuesta. Adoro a Bryan. Para mí es mi padre y yo soy su hija, y sé que mi madre también adora que sea precisamente así, da igual que estén divorciados.

—¿Y estás nerviosa?

—Un poco —contesto, restándole importancia—. Lo normal, supongo.

—No pasa nada por estarlo.

—Lo sé.

—Lo extraño sería que no lo estuvieras.

Algo en su tono de voz cambia y ladeo la cabeza para mirarla. Creo que ya no estamos hablando de la HBO. El siguiente puñado de segundos guardo silencio, reflexionando.

—Puede que pensar en volver a ver a Garreth influya en esos nervios —admito al fin.

Mi madre asiente un par de veces.

—¿Quieres verlo?

¿Quiero verlo? Qué gran pregunta y qué difícil de responder, maldita sea. En Seattle, con la cómoda barrera de más de dos mil

trescientas millas entre los dos, habría dicho que sí sin dudar. Ahora... ahora ni siquiera sé qué debería querer.

—No lo sé. Me gustaría saber cómo está y todo eso. Quizá, saludarlo. —De pronto pienso en todo lo que vendría acompañado de ese gesto, tenerlo delante de nuevo, frente a mí, después de diez años. Suena demasiado... complicado—. No lo sé —repito al fin.

—Pues, si quieres que te dé mi opinión, creo que lo tienes completamente superado. Fue muy duro para ti, pero conseguiste dejarlo atrás y yo no podría estar más orgullosa de ti.

La miro y sonrío, aunque el gesto no me llega a los ojos. Las cosas no terminaron como yo hubiese querido... Por Dios, estaba tan enamorada de él.

—Gracias, mamá.

Ella me observa con una sonrisa por respuesta. Al darse cuenta del lamentable estado de la mía, sube la música y empieza a cantar el *Coming home*, de Sigma y Rita Ora.

—Canta conmigo —me anima.

Niego con la cabeza.

—Mejor no.

—Vamos —insiste, casi ofendida porque no la siga—. Soy tu madre.

—Ahora mismo no lo pareces.

Comienza a cantar todavía más fuerte y, cuando llega el estribillo, no tengo más remedio que unirme y las dos acabamos echándonos a reír mientras nuestro clásico de los noventa toma la entrada a Manhattan desde la I-95 Norte.

Mi madre detiene el coche en mitad de la calle 14 Este, frente al edificio de mi abuela, en el sur de Brooklyn y a sólo unas manzanas de Coney Island.

—La abuela llegará para cenar —me explica mientras empuja la desvencijada puerta de casa—. Ahora está en su partida de bingo en el centro comunitario.

Las dos sonreímos.

Cojo mi maleta, la arrastro por todo el piso hasta llegar al final

del pasillo y, al mirar a la derecha, ahí está: mi habitación. Tomo aire antes de empujar la puerta y mi sonrisa se ensancha al comprobar que todo sigue exactamente igual que cuando me marché hace diez años.

Entro y empiezo a observar cada detalle, cada pequeño adorno. Sonríe de nuevo al ver mi póster de *Songs about Jane*, de Maroon 5, la pequeña figurita de Peter Pan que me regalaron los chicos... y, cuando la ventana entra en mi campo de visión, el sentimiento se transforma en algo confuso. Sería imposible contar todas las veces que Garreth se coló por ella. El recuerdo vuelve a cambiar y me sumerjo en la noche de mi decimoséptimo cumpleaños...

—¡Sally! —me llama mi madre desde el salón, sacándome de mi ensoñación—. Han venido a verte.

Frunzo el ceño. ¿Quién podrá ser? Pero entonces comprendo exactamente quién me está esperando y salgo disparada.

—¡Scout! —grito al verla de espaldas, charlando con mi madre.

—¡Compi-trueno! —responde, imitando al oso de la peli *Ted*.

Nos fundimos en un sentido abrazo. Era la persona a la que más ganas tenía de abrazar desde que abrí la carta de la HBO.

—Me moría por verte...

Ella me estrecha aún más entre sus brazos.

—No me puedo creer que lo hayamos conseguido —se sincera.

—Yo tampoco —contesto y, antes de que ninguna de las dos pueda decir nada más, rompemos a reír, nerviosas y felices.

Mi madre sonrío con ternura, observándonos.

—Vámonos —me pide, separándose, agarrándome de la mano y tirando de mí—, tengo muchas cosas que enseñarte.

—Pero si acabo de llegar y...

—No le importa, ¿verdad, señora Berry? —me interrumpe.

Mi madre me mira y me encojo de hombros.

—Cenaremos juntas —le prometo.

Lo piensa un instante.

—Está bien —claudica al fin, con una sonrisa—. Largaos de aquí.

—Adiós, mamá.

—Adiós, señora Berry.

Salimos del apartamento y bajamos a toda velocidad.

—Quiero contarte algo —me anuncia cruzando la puerta del edificio, descendiendo los cuatro escalones que lo separan de la acera y girando sobre sus pies para tenerme de cara—. Estoy saliendo con alguien.

Abro la boca, sorprendidísima.

—¡Eso es estupendo! —respondo, bajando los escalones.

—Y tú lo conoces —continúa con una sonrisa, observando mi reacción.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿A quién conozco?

—Ya se te han olvidado los amigos, Sally-Sally —oigo a mi espalda. Esa voz.

Me giro y veo a Elliot en mitad de mi acera, contemplándome con sus ojos verdes, sonriendo.

—¿Elliot? —murmuro.

¡Es maravilloso! ¡No me lo puedo creer!

—¡Elliot! —grito, saliendo de esta especie de estado de *shock* y corriendo hacia él. ¡Es Elliot!

Me estrecha entre sus brazos y me siento como si volviese a tener nueve años y acabase de llegar a esta misma calle.

—Me alegro mucho de verte —dice, besándome con ternura en el hombro y apretándome un poco más.

—Y yo a ti.

Cuando nos mudamos aquí, Garreth fue la primera persona a la que vi y Elliot, la segunda, y desde aquel preciso instante se convirtió en una de las personas más importantes de mi vida. No nos separamos ni un solo día durante los ocho años siguientes.

—¿Por qué no vamos a casa? —propone, separándose y extendiendo el brazo para que Scout se dirija hacia él—. Nos tomaremos algo y nos pondremos al día. Tenemos mucho que contarnos —añade con una sonrisa.

Las dos asentimos y echamos a andar. Elliot sigue viviendo en la

misma casa en la que lo hacía cuando éramos críos, en mi misma calle. Me encanta que algunas cosas nunca cambien.

* * *

—Está increíble —comento, completamente alucinada, mirando a mi alrededor.

Elliot ha pintado las paredes de un fantástico blanco envejecido y ha echado abajo la pared que separaba el salón del patio, sustituyéndola por unos inmensos ventanales, y no sólo eso: ha llenado el jardín de todo tipo de plantas; hay macetas con flores preciosas y una decena de enredaderas que empiezan a cubrir, perezosas, las paredes.

—Después de que mis padres murieran, decidí que quería hacer algo diferente con ella, pero, al mismo tiempo, mantenerla... igual —detalla, a falta de encontrar una palabra mejor, lo que le hace sonreír, y deja sobre la mesita de centro las llaves de repuesto que, como siempre, hemos cogido de debajo de una de las macetas de la entrada—. Sé que suena estúpido, pero yo me crie aquí y no quería perder eso.

Es complicado de explicar, pero sé perfectamente a qué se refiere. Lo viejo no tiene por qué ser malo ni tampoco tiene que mantenerse idéntico para seguir conservando su esencia. Se trata de transformarlo en algo que nos haga seguir siendo nosotros y, a la vez, demuestre que hemos evolucionado, que somos los mismos pero que hemos crecido.

—Te entiendo —sentencio— y ha quedado genial.

Scout regresa con tres Budweisers heladas y nos acomodamos en los dos sofás del salón. Hablamos de Seattle, del trabajo de Elliot como biólogo en una importante multinacional con sede en Manhattan y, por supuesto, de la HBO, pero, casi sin darnos cuenta, empezamos a contar anécdotas de cuando éramos críos, de cómo nos pasábamos todo el día juntos.

—Entonces, ¿a la primera persona que conociste cuando regresaste a Brooklyn fue a Garreth? —recapitula Scout.

Asiento, dándole un trago a mi cerveza.

—Sí —me ratifico—; estaba sentada en los escalones del edificio de mi abuela, llorando porque echaba de menos a mi padrastro y a mis amigos de Memphis, y Garreth se acercó y me preguntó cómo me llamaba.

—Y ella contestó Sally... Sally —me interrumpe Elliot, imitando el tartamudeo de una niña pequeña por culpa del llanto— y por eso la llamamos Sally-Sally.

—No todos me llamabais Sally-Sally —rememoro.

Elliot me mira y se humedece el labio inferior a la vez que esboza una sonrisa. Sabe perfectamente a quién me refiero.

—No quería meterse contigo —me recuerda, divertido.

—Entonces, ¿lo hacía por...? —dejo en el aire, impertinente.

La sonrisa de Elliot se ensancha. El timbre suena.

—Era algo cariñoso —lo defiende, dirigiéndose hacia la puerta.

—Me llamaba fea —le recuerdo yo a él, alzando la voz para que pueda oírme desde el recibidor— y me llamó así durante ocho años.

Tuerzo los labios. Creo que no había vuelto a pensar en él hasta este momento. Garreth, Elliot y él eran los mejores amigos del mundo y, cuando yo entré a formar parte de su universo, supongo que no le gustó tener que cargar con «una niña tonta que sólo sabe llorar».

—¿Quién te llamaba fea? —pregunta Scout, curiosa.

Le doy un nuevo trago a mi cerveza antes de contestar. Elliot regresa al salón y tras él lo hace...

—Hudson —balbuceo, sorprendida.

¿Qué hace Hudson Racer aquí?

Lo recorro con la mirada porque, de verdad, algo, no sé el qué, se niega a creer que estemos compartiendo habitación. El pelo castaño oscuro, los ojos azules más bonitos que verás jamás, la barba de un puñado de días sombreando su mandíbula, alto, delgado. Él y todas sus cualidades deberían estar en Los Ángeles, disfrutando de su éxito como actor. ¿Qué demonios está haciendo aquí, en Brooklyn, recordándonos a todas las pobres

mortales la diferencia entre ser guapo y serlo tanto que resulte mezquino?

—Sally Berry —me saluda dando un paso hacia mí, con las manos en los bolsillos; una pose inocente, que en él no lo es. Hudson Racer no tiene nada de inocente.

El móvil de Scout comienza a sonar; se disculpa rápidamente, con la mirada clavada en la pantalla, y va hasta la cocina para atender la llamada. Elliot va a por otra cerveza.

—Hola, Hud.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquire, malhumorado.

Ignoro su tono de voz y me concentro en seguir siendo cordial.

—Podría preguntar lo mismo. —Y podría haberme centrado también en no sonar impertinente, pero no veo por qué—. Hacía nueve años que no nos veíamos.

—Diez —me corrige, aún más molesto.

Intento volver a dejar a un lado su tono. Si está enfadado o no, no es mi problema.

—¿Y qué tal estás? —me obligo a pronunciar.

—¿Has probado a preguntárselo a Garreth?

¿Qué?

Me levanto de un salto con la mirada clavada en la suya, que me mantiene sin problemas.

—¿Cómo has podido atreverte a decir algo así? —le recrimino.

Hudson sonrío duro, sin una pizca de amabilidad en un gesto lleno de alevosía.

—¿Por qué? —replica, haciendo que su voz se llene de esa rabia, de esa rudeza que bañaba su sonrisa—. ¿Tanto te sorprende que alguien se acuerde de él? Siempre me ha asombrado la memoria tan selectiva que tienes. Felices diecisiete, fea.

Sin dudarle, le cruzo la cara de un bofetón. Lo he pensado. No ha sido un arrebató. He hecho exactamente lo que he querido hacer. Hudson aprieta los dientes y resopla. Ladea la cabeza despacio hasta que sus ojos, de golpe duros y ariscos, vuelven a encontrarse con los míos.

—No vuelvas a dirigirme la palabra —le exijo.

—Te traigo una cerveza —le anuncia Elliot a Hudson, entrando en el salón, absolutamente ajeno a todo.

Hudson me mantiene la mirada cargado de toda esa frialdad, como si con un solo gesto quisiese dejarme claro que nunca me ha querido cerca, y evidentemente tampoco ahora. Yo alzo la barbilla. Jamás he huido de los problemas y jamás me he escondido, y no pienso empezar en este momento ni tampoco con él. No tiene ningún derecho a hablar de lo que pasó con Garreth y, desde luego, mucho menos a juzgarme.

—Tengo que irme —anuncio, inclinándome para recoger mi bolso del sillón donde estaba sentada.

No quiero estar aquí.

Scout regresa al salón justo a tiempo de oír mis palabras, lo que le hace dedicarme un mohín, decepcionada.

—Creía que cenaríamos juntas.

—No puedo —me excuso, caminando hacia ella.

—¿Desayunamos entonces mañana y luego vamos a la HBO?

—Sí, claro.

Scout da unas palmaditas, encantada.

—En el Katz's Deli.

Asiento con una sonrisa. Era mi restaurante favorito y se lo dejé en herencia cuando se trasladó a Nueva York.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte, Sally-Sally? —pregunta Elliot, acercándose a mí.

Dudo, aunque no sé por qué; no quiero estar cerca de Hudson Racer en todo lo que me queda de vida.

—Mejor no —respondo al fin—. Estoy cansada del vuelo.

Elliot sonrío justo antes de darme otro abrazo.

—Como quieras —claudica—, pero mañana celebraremos nuestro contrato. Una noche como las de antes en Coney Island.

Esas dos simples palabras, Coney Island, me hacen mirar un segundo de reojo a Hudson, sólo un segundo. Se ha sentado y le da un trago a su cerveza como si no acabase de insinuar todo lo que ha insinuado con una sola frase. Ladea la cabeza en un gesto increíble-

mente masculino y nuestros ojos se encuentran, también sólo un segundo. Hace mucho que me demostró que es la peor persona de la historia; diez años no iban a cambiarlo.

—No me lo perdería por nada del mundo —afirmo, concentrándome de nuevo en Elliot.

Nos damos un último abrazo y me marcho.

¿Por qué ha tenido que regresar?

De vuelta en casa de mi madre, me divierto muchísimo; no paramos de charlar ni un solo instante, incluso llamamos a Bryan, mi padrastro, por FaceTime, para saludarlo y ponernos al día. Sigo sin poder entender por qué se divorciaron. Es imposible mirarse como ellos se miran sin estar enamorados.

Mi abuela llega poco después de su partida de bingo. Ha ganado veinte dólares y se ofrece a invitarnos a pizza para celebrarlo. Nos explica que la victoria ha sido doble, porque se los ha ganado a la metomentodo de Elsa Samuelson. «Hoy se ha marchado sabiendo quién manda en el sur de Brooklyn», ha sentenciado, y no he podido evitar echarme a reír. Como dice Bryan, las señoras Berry son de armas tomar.

* * *

Me despierto muy temprano y aún más nerviosa que la noche anterior. Además, he tenido un sueño que ha conseguido que me levante confusa y enfadada.

—¿Has pedido? —me pregunta Scout, sentándose frente a mí de vuelta del baño.

Niego con la cabeza, observando la carta. Mi madre nos ha dejado su coche y hemos cruzado el puente de Brooklyn, con la capota bajada, cantando los grandes éxitos de Cimorelli, uno de sus grupos favoritos; sobre todo, *Make it stronger*. Así que, cuando Scout ha entrado, lo primero que ha hecho ha sido correr al baño para asegurarse de que su melenita morena estaba en perfectas condiciones.

—Quiero tortitas con beicon y la taza de té más grande que tengan.

—Estabas tan histérica que no has pegado ojo, ¿verdad? —apunta mi amiga.

Vuelvo a negar con la cabeza.

—He dormido genial, pero he tenido un sueño de lo más estúpido e inoportuno y me he despertado de malhumor.

Scout deja la carta sobre la mesa y se acomoda en su silla.

—¿Qué has soñado?

Abro la boca dispuesta a contárselo, pero después me doy cuenta de que no merece la pena.

—Nada importante —concluyo con una sonrisa—. Oye —continúo, y mi gesto se ensancha al caer en la cuenta de algo—, ¿por qué no me contaste antes que estabas saliendo con Elliot? ¡Es genial!

Scout se sonroja y mal disimula una sonrisa de auténtica enamorada. No la culpo. Ese pelirrojo es un encanto y me hace muy feliz que se hayan encontrado.

—Sólo llevamos juntos tres meses. Y yo no sabía que mi Elliot era tu Elliot. Cuando nos seleccionaron para la criba final de la HBO, un día, trabajando en su casa, dejé algunos papeles por la mesita y vio tu nombre en uno de ellos. Me pidió que no te lo contara. Quería que fuera una sorpresa.

—Y lo ha sido —certifico, sin poder dejar de sonreír.

—Ayer, cuando te marchaste, Elliot me estuvo enseñando fotos vuestras. De verdad que estabais juntos todo el bendito día —comenta a punto de echarse a reír.

—Siempre —aclaro.

—También había un vídeo. Se te veía a ti, sentada en el bordillo, con las rodillas raspadas y la cara llena de lágrimas. No debías de tener más de diez años. A tu lado estaba Elliot, de pie pero inclinado para poder reposar las palmas de las manos en sus rodillas, viendo cómo otro de ellos reparaba la cadena de una bici rosa chicle que estaba apoyada en la acera. Al principio pensé que era Gareth quien lo estaba haciendo. Me costó darme cuenta de que era Hudson. Sobre todo porque él estaba viendo también el vídeo y no dijo una palabra.

Al oír su nombre, tuerzo el gesto. El camarero se acerca y pedimos nuestro desayuno.

—Que no te engañe lo que viste: Hudson nunca se portó bien conmigo —murmuro como si no tuviera importancia.

—No te creería —replica Scout— de no ser porque en el vídeo se veía cómo terminaba de colocar la cadena, se levantaba malhumorado y gruñía «siempre tengo que estar arreglando la bici de esta niña tonta porque no tiene padre».

Enarco las cejas.

—Un ejemplo bastante claro.

El camarero regresa con nuestra comanda. Tiene una pinta deliciosa.

—También hablamos de Garreth —continúa Scout, y tengo la sensación de que se esfuerza en elegir las palabras.

La miro. Ella ya me estaba mirando a mí.

—Lo de Garreth es complicado.

—Lo sé y lo siento.

Niego moviendo las manos. No quiero hablar de eso ahora.

—Creía que este desayuno era para celebrar el contrato que estamos a punto de firmar —digo con una sonrisa.

Scout me observa un segundo más y finalmente sonrío, como si mentalmente hubiese tomado la decisión de darme cuerda. Se lo agradezco.

Alza su taza de café para que brindemos y yo la imito.

—Por las chicas que están a punto de firmar el contrato de sus vidas —propone.

—Por ellas —secundo.

* * *

Con tiempo de sobra como para recorrer la isla de Manhattan dos veces, decidimos ponemos en marcha y dirigirnos a las oficinas de la HBO, en el 1100 de la Sexta, muy cerca de Bryan Park.

—Vosotras debéis de ser Sally Berry y Scout Smith —nos saluda

un hombre saliendo a nuestro encuentro en el mostrador de recepción. Las dos sonreímos como respuesta—. Soy Darren Aquilani —se presenta tendiéndonos la mano, que le estrechamos—. Seré vuestro director de producción. Trabajaremos juntos.

—Encantadas —respondemos prácticamente al unísono.

Espera a que el guardia de seguridad nos dé nuestras acreditaciones y nos hace una señal para que lo sigamos hacia los ascensores.

—Bienvenidas a la HBO —exclama pulsando el botón de la última planta del edificio.

Se me acelera el corazón y vuelvo a sonreír mientras observo cómo las puertas se cierran. Más vale que empiece a creérmelo, porque estoy a punto de firmar el contrato más importante de mi vida.

Darren Aquilani nos presenta a media docena más de personas, entre ellas a Jennifer Konner y Bruce Eric Kaplan, dos de los productores ejecutivos de «Girls», Michael Lannan, que produjo «Hijos de la anarquía», o Josh Radnor, el director de la película *Happy thank you more please*, que ganó el Festival de Sundance en el 2010. ¡Es increíble!

Nos explican que, desde que leyeron el episodio piloto por primera vez, supieron que era una serie de la HBO. Prometen mantener la integridad de lo que hemos escrito y a cambio sólo nos piden que seamos profesionales y trabajemos rápido, duro y bien... tres palabras que dan un poco de vértigo. Les ha fascinado que una parte de la trama esté ambientada en Tokio, ya que no hay muchas historias de la guerra fría que tengan lugar allí.

Quieren que adaptemos los tres primeros capítulos en un solo guion para convertirlo en una película que se estrenará en la cadena y con la que pretenden enganchar al público a la serie. ¡Tendrá su propia *première*!

Después de firmar, Darren nos lleva a nuestras oficinas. La mía está en la planta doce.

—Espero que te guste —dice, abriendo la puerta.

—Estoy segura de ello —contesto incluso antes de verla.

—Como directora de desarrollo de guiones y guionista princi-

pal, trabajarás aquí —nos explica él, refiriéndose a mí—. Tú, Scout, como productora, estarás en mi departamento. Es una auténtica locura, pero te va a gustar —añade con una sonrisa.

Miro a mi alrededor sin poder dejar de sonreír. El despacho es pequeño, pero me chifla, y tengo una enorme ventana con vistas a la Sexta, a sus rascacielos y a una maraña de taxis amarillos. Manhattan en estado puro, me encanta.

—Como hemos hablado en la reunión —continúa Darren, centrándose de nuevo en mí—, necesitamos que seas rápida. Tendrás tres semanas para trabajar en los guiones.

Asiento. Es poco tiempo, pero sé que podré conseguirlo.

—Mientras, nosotros —agrega—, nos encargaremos del casting.

—Eso será fácil —respondo con una sonrisa—. Yo interpretaré a la protagonista.

Creo que eso es lo que más me gusta de todo. Trabajar como actriz es mi sueño, lo que me hace feliz.

Scout y yo nos miramos y las dos sonreímos. Ella también sabe cuánto significa la interpretación para mí. Sin embargo, cuando mi mirada se cruza con la de Darren, me parece ver algo raro en ella, pero rápidamente disimula.

—¿Ocurre algo? —pregunto, y me preocupo al instante.

—No —sentencia con una sonrisa. Automáticamente me relajo y me apoyo hasta casi sentarme en la mesa, con la mirada fija en nuestro director de producción—, pero queremos comenzar con el casting del protagonista masculino. Hemos estado pensando mucho sobre ello y tenemos un nombre: Hudson Racer.

—¿Qué? —balbuceo, incorporándome como si la mesa estuviera en llamas.

¡No puede haber dicho el nombre que creo que ha dicho!

—Es, con toda probabilidad, uno de los mejores actores de su generación, y está cosechando un gran éxito con su serie con nosotros, de la que se están emitiendo los últimos capítulos. Además, varios estudios de audiencia han dejado claro que más del sesenta por ciento del público femenino ve la serie exclusivamente por él. Aún no es una

estrella, siendo sinceros, no nos gusta trabajar con ellas, pero lo será, muy pronto, y todo en lo que haya trabajado se convertirá en oro puro.

No puede ser verdad. No puede ser verdad.

—Hudson Racer es un gran actor —me obligo a que las palabras atravesen mi garganta—, pero no creo que sea el más apropiado para interpretar a nuestro protagonista.

—Acaba de cumplir veintisiete años, la misma edad que el personaje —me interrumpe Darren—, y es de Nueva York.

—Sí, pero no da el perfil. Su carrera ha estado más orientada a explotar su físico que su talento interpretativo.

No creo que haya una sola mujer en todo el planeta que no recuerde su anuncio de Levi's.

—Hasta su último trabajo —me recuerda y, ¡maldita sea!, no me queda más remedio que darle la razón. El malnacido hace un trabajo dramático impresionante, incluso estuvo nominado a un Globo de Oro el año pasado.

No tengo más argumentos, así que no me queda otra que asentir. ¡Joder!

Darren sonrío; sabe que acabo de claudicar.

—Sally, quiero que seas tú la que vayas a hablar con él y lo conzcas para que acepte el trabajo.

No. No. No.

—Eres la cocreadora de esta idea, de los guiones; nadie mejor que tú para hacerle entender la profundidad de esta historia.

No puede ser. Me niego en rotundo. ¿Cómo he podido pasar de ser la chica con la mejor suerte del mundo a la peor?

—Iría encantada —respondo—, pero creo que Scout es la persona ideal para convencerlo. Hudson es el mejor amigo de su novio.

Darren sonrío, entusiasmado con la noticia, y se gira hacia Scout. Yo la miro encogiéndome de hombros. Sé que ha sido ruin sacar a relucir su vida personal para librarme de tener que quedar con Hudson, pero es que no quiero verlo ni por asomo.

—Pero vosotros eráis inseparables de críos —rebate mi amiga, y yo quiero asesinarla. ¿A qué ha venido eso?

Darren se vuelve hacia mí todavía más contento que antes y Scout me sonrío, pensando que me ha hecho un favor al hacerme ganar puntos con el director de producción. Cuando estemos solas, tenemos que mantener una charla. Está claro que la comunicación telepática no nos funciona.

—Lo que yo decía —recapitula Darren—, tienes que ser tú, Sally. Mi secretaria ya ha hablado con el representante de Hudson. Os ha reservado mesa a mi nombre para la una en el Malavita, el restaurante de unos amigos; se come de cine.

¡¿Hoy?!

Abro la boca dispuesta a decir... no sé, cualquier cosa que me libre de tener que almorzar con Hudson y encima tener que convencerlo de que trabaje en nuestro proyecto. Es un maldito estirado que con toda probabilidad se comportará como si me estuviese haciendo un favor sólo por estar comiendo conmigo... y sé que no voy a ser capaz de soportarlo y acabaré gritándole, puede que incluso dándole otra bofetada, pero el teléfono de Darren comienza a sonar. Mira la pantalla y, sin darme oportunidad a hablar, se despide de nosotras y se marcha, haciéndole un gesto a Scout para que lo acompañe.

A solas, resoplo y me tapo los ojos con las palmas de las manos. No quiero tener que actuar con él. No quiero tener que verlo.

—Maldita sea —gruño.

Me paso el resto de la mañana trabajando, aunque, eso sí, de un humor de perros. Sin embargo, mientras voy en mi coche camino del restaurante, empiezo a urdir un plan que acaba arrancándome una sonrisa. Sólo tengo que conseguir que diga que no, que sea él quien rechace el proyecto y, a ser posible, que quede retratado como el soberbio engreído que es.

Me aliso mi vestido de flores y me coloco bien el bolso sobre mi hombro mientras el *maitre* revisa el libro de reservas.

—Aquilani, mesa para dos —conviene al cabo de un instante—. Sígame, por favor —me pide—. Su acompañante ya ha llegado.

—Genial —murmuro, sarcástica, poniendo los ojos en blanco.

Ya a unos pasos lo veo en la mesa, sentado en ella como si el mundo le perteneciese. Lo peor de todo es que sé de sobra que ni siquiera es algo que se proponga hacer, resulta más bien instintivo, como si una voz dentro de él le dijese que así es exactamente como tiene que ser.

Se ajusta los dobleces de su camisa blanca sobre su antebrazo y se cruza de brazos sobre el impoluto mantel también blanco, inclinandose ligeramente hacia delante, tensando su espalda en el movimiento y provocando que los músculos de sus hombros se marquen armónicamente bajo la tela. Si no fuera una persona horrible, sería un sueño.

—Señor —lo llama el *maitre*, deteniéndose frente a él—, su acompañante ha llegado.

Hudson alza la cabeza y su mirada recorre el pasillo entre las mesas tras el empleado hasta llegar hasta mí. Cuando nuestros ojos se encuentran, una corriente eléctrica me recorre de pies a cabeza, como si por una sola décima de segundo, en uno de los restaurantes de moda en Manhattan, sólo existiésemos él y yo. No me miraban así desde hacía demasiado tiempo.

Los dos apartamos la vista a la vez y el hechizo se rompe.

Hudson se levanta y observa cómo tomo asiento en la elegante silla que el *maitre* me aparta.

—¿Qué desean tomar? —nos pregunta, profesional.

—Vino —responde Hudson, interrumpiendo mi respuesta—, un Château Figeac del 2016.

Me muerdo el labio inferior.

—Por supuesto —gruño, impertinente—, pide por mí. Total, sólo hace diez años que no nos vemos. Está claro que sabes perfectamente lo que bebo en las comidas.

Hudson sonrío de esa manera tan arisca y vuelve a inclinarse sobre la mesa, consiguiendo que sus ojos azules estén un poco más cerca de los míos.

—¿Quién te ha dicho a ti que me he tomado la molestia de pedir por los dos?

Frunzo los labios, aún más malhumorada. Maldita sea, se lo he puesto en bandeja.

—Agua —pronuncio, obligándome a que las palabras atraviesen la bola de rabia que tengo en la garganta—, San Pellegrino, sin gas.

El empleado se retira y yo tomo una larga bocanada de aire, tratando de encontrar mi yo más zen.

Hudson se recuesta sobre la silla sin apartar los ojos de mí y, durante un puñado de segundos, simplemente me observa.

—Así que quieres que protagonice tu serie —comenta, desdeñoso.

Tenía claro que haría eso, comportarse como si me estuviese haciendo un favor sólo por el hecho de estar aquí. Tengo que poner en marcha mi plan. Lo conozco lo suficiente como para saber que es de esa clase de personas ridículamente esnobs que creen que su alma es su tesoro.

—En realidad, la idea ha sido de la HBO —replico, apoyando los codos en la mesa y cruzando las manos a la altura de mis labios, echando un vistazo a mi alrededor—. Están convencidos de que, después del éxito de tu serie con ellos, podrán seguir explotando tu atractivo físico en ésta. Es un rollo de marketing.

Hudson frunce el ceño suavemente, apenas un instante, para disimular su gesto y no dejarme ver que mis palabras han tenido un eco en él. Interiormente sonrío. Mi táctica está funcionando.

—No puedo negar que no lo entienda. Las mujeres quieren verte en pantalla y ése podría ser el gancho que la serie necesita —añado—. Bueno, imagino que no te estoy diciendo nada que no sepas: estarás cansado de oírle decir esto a tu agente, a los productores... —Guardo silencio un momento, como si cayese en la cuenta de algo—, aunque no sé si quieres volver a repetir ese patrón. Si dijeras que no, podría entenderlo.

Hudson se humedece el labio inferior y algo en su mirada cambia.

—Háblame del papel —me pide, y usa una voz tan controlada que incluso resulta intimidante.

Su tono me hace buscar su mirada y me topo de frente con sus impresionantes ojos azules.

—Interpretarías a Sam —contesto a regañadientes—, un espía de la CIA en Berlín, en 1989, poco antes de la caída del Muro.

Él asiente.

—Sigue.

—Sam no es lo que parece que es. Sé que ningún espía es lo que parece que es —aclaro rápidamente. Sin quererlo, todo lo siento por el personaje, la fe que tengo en esta historia, me traiciona y se pone al mando de lo que digo—, pero con él esa idea es aún mayor, como si te cautivase irremediamente con sus acciones hasta conseguir tenerte en la palma de su mano y después lograrse que, con tan sólo una mirada, una palabra, ignorases todo lo que está a tu alrededor e hicieses cualquier cosa por él.

Quería describirle al personaje más aburrido de la historia del cine para que lo rechazase y he fracasado estrepitosamente.

—Supongo que, si acabas interpretando el papel, volcarán toda esa seducción en lo físico —agrego, con una única intención.

Él vuelve a sonreír de esa manera.

—Acepto —responde sin más, y mi sexto sentido me susurra que lo ha hecho exclusivamente para fastidiarme.

—¿Qué? —se escapa de mis labios—. Genial —me apresuro a añadir, forzando una sonrisa—. Me alegra saber que no temes encasillarte.

Hudson tuerce los labios apenas un segundo.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: un gran actor puede hacer grande un mal papel.

Me obligo a sonreír de nuevo, obviando lo cabreada que estoy. Sam es un personaje increíble.

—No hay nada censurable en vivir del físico —repongo—. No dejes que nadie te haga sentir mal por ello.

Un camarero se acerca a nuestra mesa, le muestra una botella a Hudson, quien le hace un gesto con la mano para indicarle que no quiere catarlo, y le sirve el vino. Junto a mi copa deja una botella de San Pellegrino.

—Estoy seguro de que, aunque sea una serie menor, la HBO

hará un gran trabajo —contraataca Hudson—. No dejes que te arrinconen, demuéstales que tienes talento... sea el que sea.

Abro la boca dispuesta a soltarle todo lo que pienso de él y, de paso, explicarle cuáles son mis talentos y por dónde puede meterse él los suyos, pero el camarero carraspea suavemente, interrumpiéndome.

—¿Desean ordenar su comida?

Vaya. Ni siquiera he tenido tiempo de ojear la carta. La abro, rápida, y comienzo a leerla aún más veloz.

—Entrecot al punto con patatas especiadas y espárragos —dice Hudson.

El camarero se gira hacia mí. El que los dos me estén mirando me está poniendo todavía más nerviosa.

—La especialidad del chef —pido para salir del paso.

El camarero asiente, pero no se retira. Yo lo miro sin entender nada.

—El chef tiene cinco especialidades, fea —comenta Hudson, displicente.

Lo fulmino con la mirada.

—Si lo desea, puedo enumerárselas —se ofrece el camarero.

—No vuelvas a llamarme fea —le dejo clarísimo, enfadadísima, pero logrando que mi voz suena templada.

—Viéndote ayer con Elliot, creí que estabas deseando recuperar las viejas costumbres —replica, ignorando por completo mi comentario, fingiendo tomarse un segundo para encontrar la palabra adecuada—, aunque lo cierto es que no me sorprende.

—Y tú, ¿te llamas? Porque lo cierto es que llevo diez años sin ni siquiera pensar en tu nombre.

Hudson tensa la mandíbula, malhumorado, y su mirada me intimida, aunque no dudo en mantenérsela. Ahora mismo la tensión podría cortarse con un cuchillo. Supongo que es una suerte que esta carísima mesa esté entre nosotros; tampoco quiero acabar abriendo los informativos de la noche con el titular «Actriz de teatro de Seattle asesina a Hudson Racer, estrella de la HBO, con el cuchillo de la mantequilla».

—Señorita —me reclama el camarero.

—¿Sabe qué? —contesto, girándome hacia él—. Sorpréndame.

—¿Risotto con salsa de almendras y albahaca? —me ofrece.

—Delicioso —respondo con una sonrisa.

El empleado se retira y le doy un sorbo a mi copa de agua, curiosamente deseando que fuera vino.

—Espero que entre tus habilidades no esté la de pedir el catering durante el rodaje —comenta, riéndose claramente de mí.

Le dedico mi mejor sonrisa fingida.

—Contéstame una cosa —le pido—: en tus contratos, ¿pone cuántas veces debes quitarte la camiseta?

Hudson hace una suave mueca con los labios, sopesando su respuesta.

—¿Y en los tuyos? —repone—. ¿O en los teatritos de Seattle no tenéis suficiente dinero como para imprimirlos y comprar un boli para firmarlos?

—Mejor teatros pequeños que anuncios de Levi's.

—Por supuesto, pero, si un teatro tiene menos aforo que una bolera, ¿sigue considerándose un teatro?

Respiro hondo, tratando de controlar el monumental enfado que me corroe.

—No quiero que aceptes el papel.

No quiero tener que volver a dirigirle la palabra. No quiero tener que volver a verlo.

Hudson atrapa mi mirada y tengo la sensación de que ha podido leer en ella todo lo que estoy pensando ahora mismo.

—¿Sabes? —contesta con la voz amenazadoramente suave y sus ojos más oscurecidos, pero también más azules—. Acabas de darme el único motivo por el que no replantearme mi decisión de aceptar.

Creo que nunca había odiado tanto a alguien en toda mi vida.

Alzo la barbilla y me levanto procurando no arrastrar la silla.

—El rodaje empezará dentro de tres semanas —lo informo, y, sin más, me marcho del local, destilando una ira termonuclear.